

Reunión de Damas 150910

Quiero comenzar agradeciendo la invitación y la oportunidad de estar entre vosotras, siervas de Dios. Os quiero contar tres historias y después me gustaría que hablásemos de ellas. ¿Les parece? Son historias inventadas pero que nos pueden ayudar a entender lo que Dios quiere decirnos hoy. Comencemos.

Andrea

Andrea tiene un alto concepto de sí misma. Siempre lo tuvo. De niña, se consideraba mejor que sus hermanos y amigas. Más inteligente y ¡Porqué no decirlo! Mejor. Cuando creció siguió sintiéndose especial. No era Mis Universo pero sí bastante guapa. Nada más tenía que fijarse en cómo la miraban los chicos. Desde muy jovencita los hombres volteaban la cabeza para mirarla y hacerle proposiciones indecentes. A ella, le encantaba sentirse admirada.

Como tenía problemas en casa, ya saben, no se llevaba bien con sus hermanos, un día un joven apuesto le pidió salir y lo hizo. El chico parecía bastante alegre y simpático. Tampoco era un adonis, pero no estaba mal. Se veía dueño de sí mismo y parecía tener las cosas claras. Era trabajador y a ella le pareció capaz de conseguir lo que se propusiera. Comenzaron una relación de novios.

Algunas veces discutieron, pero ella creyó que sería capaz de moldearlo y cambiarlo a su antojo. Así que se dejó llevar por la relación y las emociones. Por supuesto en contra de los consejos de sus padres. Pero ¡Qué sabrán los viejos!

No como lo había soñado, pero antes de darse cuenta, ya estaba embarazada y casada. Los padres intentaron que recapacitase, pero ella, con tal de salir del hogar no escuchó a nadie.

Ahora tiene tres hijos, y piensa que todos sus problemas hunden sus raíces en el marido que tiene.

-El no era así al principio. –Dice algunas veces. Pero en realidad sí lo era, lo que ocurre es que no se tomó el tiempo suficiente para conocerlo adecuadamente. Cuando una mujer está enamorada, o tiene en mente un objetivo, cierra los ojos a los avisos de peligro. ¡Cuántas veces se lo advirtió la madre! Pero ella siempre respondía de la misma manera:

-Yo sé bien lo que hago. –La verdad es que no lo sabía. No quiso saberlo.

En la actualidad intenta hacer creer a todos que es feliz, pero no lo es. Está siempre discutiendo y no tiene reposo. Todos sus sueños quedaron olvidados, o rotos, en algún rincón del baúl de su memoria. Cuando va a la Iglesia ora para que Dios cambie a su marido, cambie a sus hijos, que la Iglesia cambie, para que ella pueda ser feliz.

Todos son responsables de sus problemas. Todos, menos ella. ¡Cómo va a ser ella responsable de sus problemas! ¡Ni que ella quisiera tener problemas!

Lo que ocurre es que la gente no la entiende, ni Dios parece entenderle. Porque ella ora para que le de su trozo del pastel de la felicidad, a la que ella tiene derecho. Pero hasta nada. A veces se pregunta si también Dios está en su contra.

Aunque siempre se está quejando de que trabaja demasiado, se ha buscado un trabajo fuera, no porque lo necesite, sino para huir, aunque sea un rato, de los problemas del hogar. Así también tendrá dinero para “sus caprichos” ya que ella no tiene porqué estar “mendigando” de su marido. Ella no quiere depender de nadie.

Sus problemas continúan. Y ahora más. Porque a los problemas familiares que tenía, se han sumado los que tiene laborales. ¡Si su familia fuera distinta! ¡Si el trabajo fuera diferente! ¡Si el mundo lo fuera!

Ya no le pide consejos al pastor. Ese siempre le está diciendo que la raíz de sus problemas es ella misma, porque no vive conforme a los principios de la Palabra de Dios. ¡Qué sabrá él! ¡Creerá que porque sabe de la Biblia sabe de su vida!

Ella sigue pensando que tiene derecho a ser feliz, a que le traigan la felicidad en una bandeja de plata sin que ella haga el menor esfuerzo. Ella es especial. ¡Porqué no se darán cuenta todos de una vez!

Sin nombre

Su nombre no importa, porque no es una, sino muchas. Y aunque lo tuviera, no me atrevería a decirlo, no sea que...

Cuando conoce a alguien y le cae bien, es amable, simpática; pero cuando alguien le cae mal... ¡Dios la coja confesada!

Por las buenas, es... psssss. Por las malas, brrrrrrg.

Ella siempre dice:

-Quien me la hace, la paga. El pasaje de la Biblia que más le gusta, y el que primero se aprendió de memoria es Éxodo 21.24-25 Estoy seguro de que vosotras ni siquiera sabréis lo que dice. Os lo leo: *Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe.*

¿Se imaginan? Perdón es una palabra que no está en su vocabulario porque nunca quiso aprenderla.

Cuando ella hiere, siempre es sin intención; cuando la hieren a ella, siempre es con premeditación y alevosía.

Sus heridas siempre fueron más grandes, más profundas, más graves, y dolorosas que las de los demás.

El marido, ¡pobre criatura! Cayó en la tela de araña. Para cuando quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde. Los hijos, no es que fueran engañados, es que no pudieron elegir. Les tocó la bruja. Nadie escoge la madre.

La casa es un cielo... cuando ella no está. O cuando está, pero está de buenas. Claro que eso ocurre poco. Pero cuando está... bueno, ya sabéis.

Ella dice que perdona, pero que no olvida. Y les aseguro que es así. Cuando se enfada no se pone histérica, sino histórica. Si le das tiempo es capaz de relatarte la enorrme y larrrga lista de cosas que dijiste, que hiciste u olvidaste. Pero ella es incapaz de olvidar.

¿Les había dicho que asiste a la Iglesia? No a esta, claro. Ella cree que por asistir a la Iglesia es cristiana, y así se asegura un sitito en el cielo.

Un día el pastor tuvo la desfachatez de decirle que Dios no quiere resentimientos en el cielo, como si fuera el pastor quien tuviera las llaves para dejar entrar, o no, a quien él quisiera.

En realidad, tiene todo lo que necesita para ser feliz. Un marido que la adora, a pesar de todo; unos hijos que, gracias a Dios, se parecen más al padre que a la madre; tienen casa, trabajo, y nada le falta. Más bien le sobra. Le sobra el rencor y el resentimiento que guarda en su alma y que no la deja vivir, porque no está dispuesta a soltarlo.

Cada día, en cada desayuno, comida o cena, se sirve abundantes gotas de ese veneno mortal que mata todas las relaciones: La falta de perdón.

Vive más en el pasado que en el presente. La carga que lleva en su alma es tan pesada que no la deja avanzar, no la deja casi ni respirar. Así lleva años, y aunque todos a su alrededor se esfuerzan en no causarle molestia, ella siempre las encuentra en todos y en todo.

No es feliz, ni deja que los demás lo sean. ¡Cómo se atreve nadie a hablar de felicidad, con el daño que a ella le han causado! La vida no es color de rosa, está llena de heridas, de ofensas, y dolor, mucho dolor. Sus frases favoritas son: ¡Esta vida es un infierno! A sí, y otra: ¡Qué ganas tengo de morirme algún día!

Yo no sé

-Yo no sé. -Es la frase que más repite una mujer que conozco. Da igual que te lleves con ella horas enseñándole. Al final siempre repetirá: -Yo no sé.

No es que sea ignorante, o analfabeta, o que tenga PEA: problemas específicos de aprendizaje, en realidad sabe mucho más, y está más preparada que el marido, pero es débil, indecisa, e ignorante. Ignorante de los principios bíblicos de Dios para el hogar, la pareja, y la familia. No porque no los haya aprendido, pues, lleva muchísimos años en la Iglesia, no en ésta, claro, si no porque no se decide a aceptarlos, como principios sobre los que regir su vida. Ha hecho todos los discipulados y cursos que habría

que hacer, pero aún así, cuando debe tomar una decisión, siempre dice aquello de: -Yo no sé.

Ella pensaba que el enamorarse y tener buenas intenciones era todo cuanto se necesitaba para tener un hogar feliz. Así que cuando conoció a un joven apuesto y guapo, pensó que era ideal para enamorarse, y se enamoró perdidamente de él. No se preocupó de que al casarse, lo hacía no sólo con el físico del joven, sino también con su carácter y personalidad. Pues, todos traemos una mochila a cuestas, pero claro ¡Quién se preocupa de esas cosas cuando se enamora!

El marido resultó ser un vago, perezoso, holgazán, y tomador. Más débil e indeciso aún que ella. Sobre todo a la hora de buscar trabajo. Nunca encontraba el momento adecuado.

Cuando se levanta tarde, es porque no ha pegado ojo en toda la noche pensando dónde ir y buscar trabajo, porque ya ha ido a todas partes. Lo conocen en todo sitio.

Si alguna vez trabajaba, siempre es por poco tiempo. El problema es que él sabe mucho más que los jefes, porque él nació para jefe, no para currante, y como los jefes siempre le acababan teniendo envidia, le echaban de los trabajos por eso. La verdad es que no dura mucho en ninguno. Así que la pobre mujer lleva toda su vida trabajando para mantener al gandul de su marido.

Los hijos, por su lado, teniendo en cuenta la escuela y el profesor que tienen en casa, han salido más listos que el padre, y por supuesto, trabajan menos que él. No podría ser de otra manera, los patrones de conducta que moldean nuestra personalidad, se aprenden en casa antes que en cualquier otro sitio.

Uno de ellos le dijo un día: Yo viviré de mis padres hasta que pueda vivir de algún hijo. Así que, literalmente, no hacen ni el huevo.

Si la madre no les prepara la comida cuando llega de trabajar, se quedan sin comer, o convencen al menor para que les prepare algo, pero el padre, y el mayor, desde luego no se ponen a ello. Al menos, no por ellos mismos. Prefieren ayunar, y no por motivos de fe. Sólo cocinan si alguna vez no tienen más remedio.

A ella no le gusta pedir consejo, para qué, si después de todo no va a saber qué hacer con ellos. La verdad es que tampoco se queja demasiado. Se queja mucho más el marido que ella. El marido se queja de todo y por todo, pero ella no. Aunque se siente cansada. Muuuuy cansada. Ya tiene su edad. No es que sea vieja, pero es mayor y a estas alturas piensa que debería tener una vida más relajada, pero no puede ser, las circunstancias que tiene en casa no se lo permiten.

Sus frases favoritas son: ¡Qué ganas tengo de unas vacaciones, pagadas! Y ¡Cuándo me dejarán descansar!

Tres historias, tres vidas. Con las que, por supuesto, vosotras no os identificáis. Sólo las he compartido para hablaros sobre la familia. Porque, en contra de lo que se pueda pensar, los peores enemigos de la familia no son externos, sino internos. Es decir, están en nosotros.

El egoísmo, la falta de perdón y la ignorancia de los principios bíblicos de Dios para el hogar, o la falta de obediencia.

El egoísmo que separa y divide la familia.

Cuando cada uno mira por lo suyo propio.

Por su propia comodidad, sus propios derechos.

Cuando rehuimos nuestras responsabilidades y nuestros deberes.

La falta de perdón, que lleva al resentimiento.

No estar dispuestos a perdonar, a saldar viejas cuentas.

Un veneno corrosivo que mata el amor, e impide la felicidad.

Por último, la ignorancia, no me refiero al alfabetismo, sino especialmente a **la ignorancia de los principios bíblicos** que fundamentan la familia.

Pensar que la familia se hace sola y sin esfuerzo.

Que basta con ilusión y buenas intenciones.

Para cada una de estas cuestiones, la Palabra de Dios tiene respuesta. En la Biblia podemos encontrar base abundante que nos advierten de estos tres enemigos de la familia.

Para el egoísmo: Filipenses 2.3-4.

Para la falta de perdón: Mateo 6.14-15.

Para la ignorancia: Mateo 22.29.

Dios no os ha puesto como espectadoras en vuestros hogares, sino como protagonistas de primer orden. El reparto de responsabilidades recae sobre cada miembro de la familia, pero especialmente sobre los padres y madres. Concretamente vosotras sois instrumentos de Dios, para llevar la voluntad de Dios a vuestras familias. Tienen un ministerio que cumplir en la Iglesia de vuestra casa. Pero deben empezar por vosotras mismas. *Vuestro entorno no cambiará, si no cambiáis vosotras.*

Sin embargo, a veces, como Pilato, nos lavamos las manos en asuntos que son de nuestra absoluta responsabilidad. Tenemos una misión designada por Dios para con cada uno de los miembros de nuestra familia: esposo, hijos, nietos, pero dejamos que las cosas sucedan por sí mismas, cuando

podríamos hacer que sucediera como Dios quiere. Pero Dios tiene poder para actuar por sí solo. Es cierto, pero ha querido escogernos como colaboradores suyos.

Podría hablarles de otras cuestiones conflictivas a nivel familiar:

Los problemas económicos,

Los problemas de salud,

La educación de los hijos,

La influencia negativa de ciertas amistades,

La falta de comunicación en la pareja,

La rutina,

La falta de diversión, etc.

Pero en realidad, todos, todos, nuestros problemas comienzan en nosotros mismos. Todos hunden sus raíces en la ausencia de Dios en:

Nuestras vidas,

Nuestros pensamientos,

Nuestros valores,

Nuestras decisiones,

Cuando estamos cerca de Dios nuestra vida sube su nivel de calidad.

Pr. Nicolás García